

II.

—No tengais duda, decia Yezid asomado con Gabriel de Espinosa y Sayda Mirian á una de las galerías del alcázar de popa de la *Bella Genovesa*; esa galera que se acerca á nosotros por sotavento, es la *Leona*, que ha izado su bandera para que no la impida acercarse á nosotros la galera *San Márcos*, que está ya puesta en caza de aquella otra galeota que se vé al Noroeste.

Aquella galeota es la de Manuel Karuk; tendremos de seguro combate; pero segun las muestras, el tal combate nos divertirá sin incomodarnos; porque será entre la *San Márcos* y la galeota de Manuel Karuk.

—Que tengamos á la vista y entrando en nuestras aguas á la *Leona*, es cosa que no me extraña, porque en ella viene sin duda Aben-Shariar, dijo Gabriel de Espinosa, mientras Sayda Mirian miraba con un anteojo la galera de Manuel Karuk, que estaba lo menos á una milla de distancia; pero lo que no puedo comprender, es que aquel corsario que se vé al Oeste capee para esperar á una galeña de la República.

—Sobre el alcázar de aquella galera, dijo Sayda Mirian, que no cesaba de mirar con el anteojo, hay dos hombres, uno de los cuales tiene el aspecto más horrible del mundo; parece un espectro, un cadáver que se ha levantado de su tumba; está armado con un fuerte arnés, y sobre él lleva un ropón con una águila roja sobre el pecho, y se apoya en una hacha enorme.

—Dáme el anteojo, María, dijo Gabriel de Espinosa; quiero ver á ese hombre.

CAPITULO VI.

Que es la segunda parte del anterior.

I.

Estamos en alta mar.

Pero el alta mar, no es ahora para nosotros un desierto de agua.

Una magnífica nao, la *Bella Genovesa*, boga inclinada sobre la banda de estribor á impulsos de un fresco Nordeste, que hincha sus grandes velas latinas.

Avante se vé un buque sospechoso que se mantiene á la capa sobre el rumbo de la *Bella Genovesa*.

A barlovento, una magnífica galera de dos bandas, artillados los alcázares de proa y popa, ciñendo el viento para colocarse entre la *Bella Genovesa* y el buque que se distingue avante capeando.

Por último, se vé á sotavento una galera corsaria que lleva desplegada una bandera roja, y carga las velas y hace uso de los remos para alcanzar á la *Bella Genovesa*.

Mirian dió el anteojo á Gabriel, y miró con él, y vió lo mismo que habia visto Sayda Mirian.

—No conozco á ese corsario, no le he visto nunca; pero conozco mucho al griego que está junto á él; como que le he hecho huir muchas veces.

—Como que vos cuando andábais por el mar érais enemigo de todos los corsarios habidos y por haber, menos de mi señor Aben-Shariar; pero yo conozco á esos hombres, que eran amigos de mi señor. El uno es Manuel Karuk, gobernador tártaro de la isla de Corfú, aunque parece griego por el traje que viste, y el otro hombre, que parece un espectro, es José Kaivar, á quien llaman el Resucitado.

—¿Y por qué se ponen esos hombres sobre nuestra vía? dijo Gabriel de Espinosa.

—No lo sé; lo que sé es que ayer á esta misma hora, cuando vos y vuestra esposa y vuestra hija entrábais en la góndola que os condujo á la *Bella Genovesa*, vi adelantarse apresurados, sombríos, hácia el palacio Sforzia, á Manuel Karuk y á José Kaivar, que cuando os vieron entrar en la góndola con el secretario del Consejo que nos acompañaba, se detuvieron y entraron en otra góndola, en la cual nos siguieron hasta el puerto, y observaron nuestra entrada en la *Bella Genovesa*, después de lo cual se perdieron entre los barcos anclados.

—Repito que no sé que interés pueda tener en salirnos al encuentro ese corsario.

—Sí la *San Márcos* apresa, como es probable, á la galera de Manuel Karuk y lo coje vivo, lo que es muy fácil, sabremos por qué nos busca.

—El encuentro hubiera sido un poco fastidioso, si no nos convoyara la *San Márcos*, ó si no tuviéramos ya casi á la voz la valiente *Leona*, dijo Gabriel de Espinosa, y se volvió á mirar el buque que se veía á sotavento.

Estaba ya cerca, y Gabriel de Espinosa pudo ver distintamente con el anteojo hasta las pestañas de un hombre que estaba apoyado en la banda de estribor de la *Leona*, y tenia el porta-voz en la mano.

—Id á buscar vuestro porta-voz, Yezid, dijo Gabriel de Espinosa; estoy viendo á nuestro hermano Aben-Shariar que se prepara á hablarnos.

Yezid entró en el alcázar, y apareció á poco con un enorme porta voz dorado.

—¡Ah de la *Bella Genovesa*! sonó entonces partiendo de la *Leona* que ya estaba cerca; aguantad á la capa, que voy á arriar la chalupa.

Gabriel de Espinosa tomó la bocina y contestó:

—Bien venido seas, hermano; y luego dijo á Yezid: ya lo oís, es necesario capear; id, y mandad la maniobra.

III.

Aún no habia pasado media hora, cuando atracaba una chalupa al costado de babor de la *Bella Genovesa*, y entraban por el portalon Aben-Shariar y veinticinco corsarios tunecinos.

—¡Oh! gracias á Dios dijo Aben-Shariar arrojándose en los brazos de Gabriel de Espinosa, que os veo á tí y á mi hermana fuera de esa maldita Venecia.

—Y sin saber á donde ir, dijo tristemente Gabriel; perdidas casi las esperanzas, malogrado todo.

—Los puertos españoles conocen ya á la *Bella Genovesa*, iremos á fondear á Barcelona; hemos emprendido ya el camino, y no debemos retroceder; dejemos de capear, Yezid; sírveme de algo, ya que por fortuna estás vivo; y ya que ha sucedido así, no me pesa; dejemos de capear, y sobre la vía; ¡oh! añadió dirigiéndose á Gabriel y á Mirian: Venecia ha debido ser nuestra tumba, por tus temeridades, hermano.

—No hablemos, no hablemos más de lo pasado, dijo Sayda Mirian.

—¡Ah! Manuel Karuk está loco, exclamó Aben-Shariar oyendo un cañonazo, al que contestó instantáneamente otro; se conoce que lleva á bordo al Resucitado; como si no hubiera más que ponerse en facha con una galera de la República tal como la *San Márcos*; como si no estuviera pronta á entrar en combate mi *Leona* para ayudar á la *San Márcos*, puesto que os viene convoyando, y como si mi buena *Genovesa* no pudiese también hacer algo con sus dos culebrinas de proa; me parece que de esta vez José Kaivar no resucita.

IV.

En efecto, la *San Márcos* se había puesto al alcance de sus cañones, respecto á la galeota de Manuel Karuk, y sin pararse en cumplimientos, había roto el fuego sobre ella.

El *Buitre*, que así se llamaba la galeota de Karuk,

había contestado bravamente; había armado las palamentas de sus dos bandas, había arriado entenas, y entraba al remo por la proa á la *San Márcos*.

La *San Márcos* había hecho la misma maniobra, y avanzaba con gran rapidez hácia el *Buitre*.

La *Leona* viraba y cargaba sus numerosos remos, disparando, aunque muy de lejos, sobre el *Buitre*.

Solamente la *Bella Genovesa* no había arriado las entenas, ni armado sus palamentas, ni hecho su zafarrancho.

Estaba lejos, no la alcanzaban los proyectiles, y ni Aben-Shariar ni Gabriel de Espinosa querían hacer sufrir el terror de un combate naval á Sayda Mirian.

La *Genovesa*, pues, por quien aquel combate se libraba, era una tranquila espectadora de él.

V.

Tales y tan buenas condiciones marineras tenía la *Leona*, que muy pronto estuvo verdaderamente en combate.

El *Buitre*, sin embargo, seguía cargando por la proa á la galera veneciana á pesar de que sufría en su banda de estribor el fuego del alcázar de proa de la *Leona*, al que no podía contestar, como no presentase su costado de babor á la *San Márcos*.

El *Buitre* venía á ser el vértice de un ángulo, cuya abertura formaban la *Leona* y la *San Márcos*.

Las circunstancias en que el *Buitre* se encontraba, no podían ser peores.

Y, sin embargo, continuaba avanzando hácia la galeota veneciana.

Llegó, al fin, un momento en que se aproximaron, forzaron los remos, y se embistieron con un empuje terrible, aferrándose por las proas.

Entonces cesó el fuego de artillería, y solo se oyó el de los mosquetes de los venecianos, y el de las espingardas de los griegos, que cesó también, trabándose al arma blanca el abordaje.

VI.

La *Leona* forzaba más y más sus palamentas y avanzaba disparando aún sobre el alcázar de popa del *Buitre*.

Al fin, muy próxima ya la *Leona*, dejó de disparar, y poco después embistió en el costado del *Buitre*, clavando en él su espolon.

VII.

Aconteció lo que debía acontecer.

En vano Manuel Karuk acudió á la parte de popa de su galeota con parte de sus corsarios, mientras Kaivar se batía á proa con los soldados y los marinos venecianos mandados por Rugiero Maffei, que aunque joven, daba muestras de ser un gran soldado.

Los de la *Leona*, mandados por uno de los arraez (1)

(1) Capitan.

de Aben-Shariar, mulato feroz que blandía una pesada hacha, tardaron muy poco tiempo en saltar á bordo del *Buitre*, en arrollar á Manuel Karuk, que á pesar de su valor indómito, tenía muy poca gente con que resistir, y en atacar por la espalda á los corsarios, que teniendo á su frente á José Kaivar, peleaban á proa con los soldados y los marinos venecianos.

—¡A pique con la galeota, para que esto se acabe más pronto! gritó el arraez mulato.

Algunos corsarios de la *Leona* descendieron rápidamente por la escota del *Buitre*, y rompieron á hachazos su fondo por tres ó cuatro lugares.

Después de lo cual, subieron de nuevo y gritaron:

—¡A la *Leona* el que no quiera perecer!

El arraez y los corsarios de Aben-Shariar saltaron de nuevo á la *Leona*, mezclados con algunos del *Buitre*, entre los cuales iba Manuel Karuk, que creyó que los corsarios tunecinos huían.

Pero la *Leona* se desaferró del *Buitre* haciendo fuerza de remos, se separó á alguna distancia, viró por la popa del *Buitre*, y pasó de largo, haciendo cautivos á Manuel Karuk y los seis ú ocho corsarios griegos que habían entrado á su bordo.

VIII.

El *Buitre* empezó á hundirse rápidamente por la popa.

Las vías que habían abierto al agua en su fondo los corsarios de la *Leona*, eran terribles.

—¡Nos vamos á pique! gritaron algunos de los corsarios del *Buitre* pálidos de espanto.

A aquella voz terrible, los piratas griegos de Manuel Karuk, que aún combatían en la proa sin obtener ventaja sobre los venecianos, y sin que estos la obtuviesen, dejaron de combatir y se rindieron.

El arreaez mulato de Aben-Shariar, al echar á pique al *Buitre*, había ahorrado mucha sangre, obligando á rendirse á los numerosos y feroces corsarios griegos de Manuel Karuk.

Solo quedó entre los rendidos un hombre de pié, combatiendo aún con una rábía y una pujanza extraordinaria.

Aquel hombre era José Kaivar.

Pero había recibido muchas heridas, perdía mucha sangre, y su brazo, cansado ya, no pudo sostener el hacha, y fué hecho prisionero.

Los corsarios griegos arrojaron las armas y saltaron presurosos á la *San Márcos*, por en medio del lugar que les abrían los venecianos al verlos rendidos.

Entonces la galera de la República desaferró su proa de la del *Buitre*, cuya popa se hundía más y más, y se separó de él virando por delante de su proa y pasando de largo.

En el *Buitre* no había quedado nadie.

Manuel Karuk y algunos corsarios estaban, como hemos dicho, á bordo de la *Leona* y cautivos.

El resto de la tripulación con José Kaivar, estaba á bordo de la galera veneciana.

IX.

El *Buitre* se hundió al fin, desapareciendo bajo las ondas.

La galera *San Márcos* recojió sus remos, izó sus entenas y continuó navegando al Noroeste, como si nada hubiera acontecido.

La *Leona* continuaba remando y acercándose á la *Bella Genovesa*.

X.

Llegó al fin cerca de ella, y Aben-Shariar mandó echar al agua la chalupa, entró en ella con los veinticinco corsarios que había traído para defender si era necesario á la *Bella Genovesa*, y pasó á bordo de la *Leona*.

XI.

Manuel Karuk estaba sentado al pié de un mástil, sombrío y terrible.

—¡Ah! ¡Estás aquí, hermano! dijo Aben-Shariar.

—¿Por qué me llama hermano quien ha ayudado á Venecia para que me venza? dijo Manuel Karuk.

—¿Y por qué tú, dijo Aben-Shariar, has amenazado á mi *Bella Genovesa*, donde van las personas que más amo en el mundo?

—He cedido al amor de mi hermana, muerta de una manera terrible, y al mandato de José Kaivar, á quien ha vuelto loco la muerte de Elena.

—¿Y en qué son culpables de la muerte de tu hermana las personas que van á bordo de la *Bella Genovesa*?

—Entre ellas se encuentra el maldito Gabriel de Espinosa: el hombre por quien han sucedido horrendas desgracias.

—¿Es acaso Gabriel de Espinosa el asesino de Elena Karuk?

—No; pero ha sido la causa de su muerte.

—Yo he estado lejos de Venecia y nada sé, dijo Aben-Shariar; ven á mi cámara, y cuéntame lo que supieres.

Y asió de la mano á Manuel Karuk y le llevó á su cámara.

XII.

Manuel Karuk contó á Aben-Shariar la muerte dada por Gabriel de Espinosa á César Malatesta, y la horrible catástrofe de la hostería del Gato Azul, donde se habian encontrado muertas la una á manos de la otra, envenenada Estéfana Barbarigo y envenenada tambien y con una puñalada en el corazon á Elena Karuk.

XIII.

—Dios quiera, dijo Aben-Shariar profundamente conmovido, que sean estas las últimas desgracias que provengan de ese hombre.

—Ese hombre está maldito de Dios, dijo Manuel Karuk; has debido dejar perecer á ese hombre; sin tu ayuda, nuestro combate con la galera veneciana, hubiera

sido largo, sangriento, horrible; pero la hubiéramos apresado; y luego, Gabriel de Espinosa hubiera sido nuestro.

—Gabriel de Espinosa tiene el amor de mi hermana la sultana Sayda Mirian, dijo Aben-Shariar; los remos de mi valiente *Leona* no podian estar ociosos, ni mudos mis cañones, cuando estaba amenazado el esposo de mi hermana, que al verle muerto, hubiera muerto tambien. ¡Dios lo ha querido! ¿Pero cómo José Kaivar, que es tan prudente y tan experimentado, ha cometido la locura de ponerse en facha con dos galeras tan terribles como la *San Marcos* y la *Leona*?

—Por su loca desesperacion y por una equivocacion mia. Oye, Aben-Shariar: ayer por la mañana se nos avisó en la hostería del Leon de Venecia, dondè nos aposentábamos José Kaivar y yo, que en la hostería del Gato Azul se habian encontrado muertas á las patricias venecianas Estéfana Barbarigo y Elena Conti.

Fué horrible lo que pasó por José Kaivar.

—¡Venganza! gritó con una voz tan espantosa, tan sobrehumana, como no la he oido nunca: esas dos desgraciadas se han exterminado por la muerte de César Malatesta, y el matador de César Malatesta ha sido ese Gabriel de Espinosa, ese rey de Portugal. ¡Ven conmigo, Manuel!

Y salió frenético.

Quando llegamos al palacio Sforzia, entraban en una góndola ese extranjero y su familia acompañados de un veneciano y de tu corsario Yezid.

Se nos escapaba.

José Kaivar y yo entramos en otra góndola y seguimos á aquella en que iba Gabriel de Espinosa.

La góndola salió al puerto y atracó al costado de la *Bella Genovesa*, y entraron en ella Gabriel, su esposa, su hija y Yezid, y el patricio veneciano pasó á bordo de una galera de la República.

La *Bella Genovesa* se hizo á la vela, y poco despues tras ella la galera *San Márcos*.

José Kaivar y yo entramos en una pequeña embarcacion, y salimos del puerto á buscar al *Buitre*, que nos esperaba siempre bordeando á la vista de las costas de Venecia.

Tuvimos la fortuna ó la desgracia de encontrarle pronto, pasamos á su bordo, é inmediatamente nos pusimos en demanda de la *Bella Genovesa* que nos llevaba algunas horas de ventaja.

Pero el *Buitre* era muy ligero.

Navegamos bien durante lo que quedaba del dia, y durante toda la noche, y al amanecer, nos encontramos avante de dos buques que se veian al Este.

Los reconocimos y vimos que eran la *Bella Genovesa* y la *San Márcos*, á las que habíamos adelantado durante la noche.

—Es necesario capear y esperarlas, dijo sombríamente José Kaivar.

—La *San Márcos*, le dije, es una galera terrible, y no me parece prudente empeñar con ella un combate.

—Esa galera, dijo José Kaivar, no tiene más porte que nuestra galeota, ni más remos en sus bandas, ni más cañones en crugía: tenemos doscientos demonios

para cada uno de los cuales se necesitan diez venecianos, y de seguro, el capitan de esa galera vale mucho menos que cualquiera de nosotros, como capitan y como marino.

—Sea como quisieres, dijo José Kaivar.

Y puse el *Buitre* á la capa, para esperar á la *San Márcos* y á la *Bella Genovesa*; poco despues, apareció al Este tu galeota.

—Yo cruzaba, dijo Aben-Shariar, cuando vi pasar á la *Bella Genovesa* convoyada por una galera de la República; me puse en su demanda, y entonces avisté al *Buitre* que capeaba, con todas las señales de esperar á la *Bella Genovesa* y á la *San Márcos*. Continúa.

—Cuando mi catalejo me hizo conocer que el barco que se veia al Este era la *Leona*, me animé; yo no sabia hasta qué punto estabas tú interesado por las personas que venian á bordo de la *Bella Genovesa*; porque yo no conocia tu historia; porque yo no sabia que la esposa de Gabriel de Espinosa era hermana tuya; tu presencia en nuestras aguas me animó; ya no estamos solos, dije para mí; ya somos dos tremendos corsarios amigos, más que amigos hermanos, contra la galera de la República, y no vacilé en disparar sobre ella, en cuanto se puso al alcance de mis cañones; pero cuál fué mi sorpresa, cuando al verte cerca, á babor de la *San Márcos*, en vez de disparar sobre ella, disparaste sobre el *Buitre*. Ya no era tiempo de retroceder, y por otra parte, José Kaivar estaba furioso, y ansiaba el momento de embestir. Lo que despues ha sucedido, era lo que debia suceder; el *Buitre* ha sido echado á pique, y José Kaivar y yo nos

encontramos cautivos; él en la *San Márcos*, yo en la *Leona*. Sea lo que Dios quiera.

—Tú no eres mi cautivo, Manuel, dijo Aben-Shariar; si te he combatido, es porque no he podido hacer otra cosa; pero mi *Leona* te llevará libre y respetado á tu isla de Corfú; de la misma manera voy á ver si puedo librar á José Kaivar y á tus corsarios, que pasarán á bordo de la *Leona*, y como tú serán conducidos á Corfú.

—Mira no seas tú tambien hecho cautivo, dijo Manuel Karuk.

—No, acabo de prestar un servicio á la República, y estoy seguro de ser respetado.

Aben-Shariar salió á la cubierta, dió algunas órdenes, y un momento despues disparó uno de los cañones de crugia, y al mismo tiempo fué izada al tope del árbol mayor de la *Leona* la bandera de parlamento.

La *San Márcos* contestó con otro cañonazo, y dejó ver su bandera de parlamento en su árbol mayor, y viró para acercarse á la *Leona*.

Media hora despues, una chalupa, en que iba solo con seis remeros Aben-Shariar, atracaba al costado de la *San Márcos*.

XIV.

Aben-Shariar saltó á bordo.

En vez de su traje levantisco, llevaba un hermoso traje de patricio veneciano.

Al verle Rugiero Maffei, le miró profundamente y le dijo:

—¡Qué es esto, monseñor; en qué situacion y en qué lugar tan extraño volvemos á encontrarnos.

—Vicisitudes de la vida, mi querido señor Rugiero Maffei; pero ¿por qué me dais el tratamiento de monseñor? Sin duda por costumbre, ¿no es eso?

—No ciertamente, monseñor, sino porque como aún no se os ha juzgado ni se os ha depuesto, para mí sois todavía miembro del Consejo de los Diez.

—Me alegro de saberlo, señor Rugiero Maffei, porque como el Consejo ha querido prenderme dos veces sin haberlo conseguido, yo me daba ya por sentenciado. ¿Teneis vos la tercera órden de prenderme?

—No ciertamente, monseñor.

—¿Puedo preguntaros qué órdenes teneis?

—Sí, monseñor; pero no puedo responderos, contestó sonriendo Rugiero Maffei.

—Perdonad mi indiscreccion; pero creo que sin ser indiscreto puedo recomendaros eficazmente al Consejo, para que os premie por vuestro valor en el pasado combate. Pasemos á la cámara.

—Iba á proponéroslo, monseñor.

Aben-Shariar delante, y Rugiero Maffei detrás, entraron en el alcázar de popa de la *San Márcos*, en el que quedaban señales del combate, en algunos agujeros abiertos por las balas del *Buitre*.

Aben-Shariar se sentó junto á una mesa, tomó un pliego de papel, y escribió por algun tiempo.

Despues cerró el escrito, le puso sobre al Consejo de los Diez, y le entregó á Rugiero Maffei.

—Estoy seguro, le dijo, de que el Consejo os premia-